



NÚM 136

BARCELONA, 14 DICIEMBRE 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



AURORA DE OTOÑO

I

—La conocí en una visita de duelo.

—¿A la aurora de otoño?

—No, á mi novia. Era entonces Carola Garcés y Peñafior una muchacha de diez y seis años, de ojos azules, de pelo ondeado y rubio, dentadura blanquísima, de cuerpo gordezuelo, alegre y graciosa, toda ella rebosando una frescura de primavera.

—A esa edad no hay mujer que no sea primaveral. No hay quince años feos.

—Es cierto; pero Carola superaba en lozanía á todas las jóvenes. Si por su prematuro desarrollo parecía ya una mozueta que estaba reclamando ser matrona, por la sencillez de su carácter y la viveza de su genio creyérase que aun era una niña. Toda su cabecita blonda, toda su cara sonrosada y luminosa, era una sonrisa. Lo restante de su cuerpo, robusto y gallardo, era como un fruto generoso reventando de savia. Si yo fuera amigo de hacer frases diría que Carola era una mariposa de oro sobre un pedestal de mármol.

—Tu elogio me sabe á puro gongorismo.

—No importa; no hago más que trazar su retrato...

—Continua.

—Su aparición en la sala, aquella tarde melancólica de noviembre, fué para mí un verdadero deslumbramiento. Era yo uno de los que habíamos velado al muerto. Y tal vez por lo quebrantado que me encontraba á causa de no haber dormido la noche anterior y de haber dado suelta á mis sentimientos y á mis lágrimas, hallábame en un estado de somnolencia asaz pertinaz é inoportuna. Reclinábame en un rincón de la biblioteca, transformada para el caso, en honda y ancha butaca. Sobre mis ojos pesaba un sueño invencible, y sólo los entreabría un momento á la llegada de un nuevo visitante; y después de murmurar entre dientes algunas palabras tristes, y de inclinar la cabeza á modo de saludo, volvía á mi modorra abrumadora. Pero, al aparecer aquella muchacha, que venía acompañada de su

madre, todo sopor huyó de mis sentidos. Y preguntéme con sorpresa: «¿Es que amanece hoy por la tarde?» La súbita presencia de Carola me produjo el efecto mágico de una aurora esplendorosa.

II

—Todo eso es poesía, nada más que poesía.

—Poesía, sí, pero real. A mis cuarenta años, en el otoño de mi vida, ya restan escasas ilusiones, y pocas novedades, en materia de mujeres. Cuantas veces había intentado, á los diez y ocho, á los veinticinco, á los treinta y seis años, unir mi corazón con un lazo santo á una adorable criatura, habían resultado fallidas mis esperanzas. Y ya, sin pisar todavía los umbrales de la decrepitud, pero sí caminando por senderos sin flores, había resuelto morir en la soledad de mis sentimientos.

—¡Tan romántico como siempre!

—Pues, no. Carola despertó algo que en mí estaba nada más que dormido, pero no muerto. Mi ju-



ventud primera había transcurrido en medio del estudio y del trabajo. En ningún lodazal había puesto mi pie. La facultad de recibir impresiones puras y virginales existía en mi alma. De suerte que, allá, en mi otoño, cuando las canas salpicaban á trozos mi pelo, experimenté las ardientes sensaciones del más espléndido estío de la existencia.

—En fin, aquella chica te había remozado.

—Sí, la amé desde luego con furia, con pasión loca. Algo me retenía la idea del porvenir, de la desproporción de edades, del florecimiento de ella cuando ya yo me hallaría en la tristísima estación de la caída de las hojas. Pero, Carola era la felicidad última de mi paso por la tierra, é hizo seme forzosamente conquistaria á todo trance, sin ulteriores pensamientos. ¡Ser dichoso con ella un instante, y después la muerte! De ese modo, podía decir que había vivido.

—Pero, no cuentas con la huésped. ¿Te amaba ella?

—Cinco días después de haberla conocido, me la encontré en la misma casa de mi amigo muerto. Había ido á hacer una labor de aguja de croché, y tratándose de devanar una madeja de lana, yo me ofrecí á ayudarla. Y hétéme con los brazos abiertos, sosteniendo el enredijo de hebras, mientras que ella formaba rápidamente el ovillo. Estábamos muy juntos, y la hice mi declaración en voz baja. Creí que se sorprendería, pero me contestó que no veía nada de anormal en mi amor, al cual corresponde-

ría... Me hubiera arrodillado á sus plantas. Hubiera besado el suelo en que posaba la suela de sus botinas. Hubiera...

—¡Basta! Comprendo todas esas locuras... ¿De suerte que?...

—De suerte que, á los dos meses nos casamos.

III

—¿Luego me hablabas de la que es hoy tu esposa?

—De la misma. Y ya ves cuán felices somos. Llevamos cinco años de matrimonio, y ya van cinco hijos. Parece mentira la fuerza que da el amor. Antes, trabajaba, sí, pero desalentado, sin ilusiones, rutinariamente, contentándome con vivir al día. Desde que Carola es mi esposa, se han centuplicado mis facultades, no me canso jamás de luchar, de ganar dinero, y hoy poseo una fortuna que la dejará á cubierto de los ataques de la miseria, cuando le falte mi sosten. Te digo que ha sido la aurora de mi otoño ofreciéndome un día esplendoroso é interminable.

—No te esfuerces en ponderarme tu ventura. Conozco muchos casos como el tuyo. Nunca se siente mejor el poder del sol como en los días helados. En ninguna edad tiene más encantos para el hombre el amor como cuando empiezan los desengaños. Y entonces, el marido, exento de devaneos, se consagra exclusivamente á su esposa, siendo ella su único ídolo en la tierra.

—Y ha sido tal mi rejuvenecimiento que hasta han desaparecido mis canas. Dicen mis amigos que me las tiño. Y la verdad es que no hay mejor cosmético para los estragos de los años, como los besos de una mujer hermosa y adorada.



JOSÉ DE SILEX

LA FRATERNIDAD

Bendita tú, que en la conciencia llevas mundos de luz para la fe del hombre, tú, que nos brindas con tu dulce nombre nuevos encantos y esperanzas nuevas.

Y la noche se hundió. Pura y hermosa se presentó la reina del Oriente, derramando un perfume en cada rosa y diamantes de luz en cada frente. Las flores saludaron tu llegada en el idioma dulce en que las flores

saludan á la brisa perfumada, y enviaron á ti los ruiseñores el eco de su voz enamorada, para decirte en plática animada la historia de su amor y sus dolores. El mundo entonces sacudió anhelante su letargo profundo, y, herido en su orgullo de gigante, —¡Adelante!, —gritó, —¡siempre adelante! ¡Tuyo es, Fraternidad, tuyo es el mundo!

AGAPITO SILVA

LAS MANZANAS CAIDAS

La tradición, la fábula y la historia han hecho de una hermosa fruta el símbolo de la juventud y de la vida.

La manzana que cae es bien pronto sustituida por la manzana renaciente, que hace brillar al sol su fina piel de oro pálido, asomando sus notas de arbores puros entre las hojas menudas y arrasadas del árbol eterno, invencible como la existencia misma.

La historia de las viejas manzanas derribadas por los vendavales del otoño, confundidas con la tierra húmeda, ennegrecida por las lluvias, alfombradas por las hojas secas; la historia triste que muere con ese fruto; la alegre historia que muy luego renace con la savia joven al brillar soles nuevos y mañanas de primavera azul, se repite de siglo en siglo, constituyendo la inmensa estrofa de la vida, siempre renovada, siempre con un fondo de amargura, siempre con un dejo de elegía, al lado de la juvenil estancia que proclama inmortal la esperanza, la dicha, la creación.

De esta suerte comenzó el viejo filósofo su narración:

—Terminaba el invierno; sus últimos días habían arrojado en mi espíritu una espantosa pena de vivir: algo como la nostalgia de una existencia menos vacía, menos dolorosa; parecía como que me despegara de la tierra; mi cuerpo era como un viejo tronco cuya raíz se pudre y que, inclinándose más cada día al impulso de los huracanes, se desarraiga lentamente, tristemente, como esperando tal vez la última piedad de reposar inerte y carcomido sobre el lecho de la tierra.

Enfrente de mi espíritu, había sentido en aquellos últimos días invernales un estremecimiento de soledad, de frío, de vacuidad aterradora: ¿qué había sido mi existencia? ¿Qué dejaba detrás de mí, ahora que mi cabeza encanecida se inclinaba a la fosa? Había apurado el caliz de la ciencia, encontrando en su fondo la amargura del escepticismo: había apurado la vida, hallando al término de la experiencia el dolor agudo del desencanto, de la misantropía.

Mi existencia había discurrido rápidamente, declinando en una vejez sin consuelo, sin creencias, sin paz del alma, sin fe en el pasado ni en el porvenir...

¡Huí al campo; a la vieja quinta, abandonada tanto tiempo; creo que odiaba a los hombres y quería hundirme en un solitario y último cariño a las cosas.

El viejo jardín, abandonado, azotado por las rachas de invierno, se había cubierto de salvajes abrojos; el banco de piedra desde el que emprendí mis ardientes meditaciones juveniles, se había cubierto de un musgo triste, un musgo de tumba; el añoso manzano que le daba sombra inclinaba también como yo su frente despojada de hojas, a cuya sombra, envuelto en el idilio de los pájaros, tuvo lugar el idilio de mis primeros amores, sobre aquel mismo banco de piedra...

Lo recordé; ella casi una niña, con su traje claro, con su sombrero adornado por una sencilla guirnalda de amapolas menudas; con el vago mirar de sus ojos azules perdido en la luminosa lejanía;



con un ramo de flores de ajeno, brillantes como estrellas de rocío, perfumando con un olor penetrante y agreste sus manos de raso.

Yo era entonces un romántico de diez y ocho abriles, y miraba á aquella Ofelia sin el amargo escepticismo de Hamlet... ¿Qué le dije? ¿Qué murmurantes estrofas me inspiraron los pájaros alegres, que poblaban de aleteos y píos la copa verde del manzano, cargado de fruta?

Yo me recuerdo á mí mismo, ofreciendo una manzana color de oro á aquella virgen blanca y pensativa... Sonreímos los dos; la escena del Paraíso acudió á nuestra mente... el rubor tiñó súbitamente su rostro de azucena...

¡Las manzanas! Aquí están ahora; á mis pies, caídas, como muertas, muertas sin duda como aquella historia primaveral y celeste; ¿qué fué de mi Ofelia? El brutal pisoteo de la vida marchitó aquel idilio primaveral. Pasó tiempo, nos separamos; ella se casó con otro, yo con otra; sin duelo, sin pena; ¡es mentira todo!



Ha venido á verme á mi vieja quinta; esta achacosa como yo, ¡pobre Ofelia! Yo soy la manzana caída, ella es la flor del manzano seca y sin perfume... Refranca y hasta filósofa como yo; tampoco tiene en gran aprecio las ilusiones y los sueños... Nos hemos sentado al pie del manzano, no viejo y hemos hablado de todo; pero aquel *todo* nuestro era: un *todo* muerto ya, ¡era la nada!

Empiezan los días primaverales; el hijo de Ofelia ha vuelto de su Instituto, mi hija ha venido de su colegio; nos escuchan á hurtadillas y me consta que no nos entienden; ¡felices; sería uu delito iniciarles ya en el desencanto!

Ellos tampoco muestran gran prisa por iniciarse; el jardín está lleno de sus risas inocentes, de sus correteos... Nosotros, los viejos, dialogamos apaciblemente detrás de los cristales, tiritando aun.

Esta mañana amaneció hermosísima, y salimos juntos, renqueando nuestros achaques á través de las sendas casi cegadas por la yerba nueva.

El manzano nos atraía; tenía nidos otra vez y frutos de oro entre sus hojas de raso.

—Todo vuelve,—dijo Ofelia.

—Menos aquel idilio,—añadí yo.

Nos acercamos...

Mi hija, blanca como la azucena, con la mirada perdida en lontananzas luminosas, estaba allí, en el banco; el hijo de Ofelia, con una manzana nueva en la mano, la miraba: —¡Toma, Eva!...

—¡Esto vuelve también!—murmuró Ofelia.

Nos miramos á los ojos y una sonrisa amarga y dulce á la vez nos hizo llorar lenta, silenciosamente, con un llanto de tristeza y de ternura.

ADOLFO LUNA

(Dibujos de F. Sánchez Covisa)

¡LEJOS DE TI!

(ROMANTICISMO)

Feliz el tiempo aquel de mi existencia
en que amándome tú, te idolatraba;
feliz el tiempo aquel, que tu inocencia
en tus divinos ojos contemplaba.

¿Te acuerdas del arroyo que ligero,
se deslizaba con rumor sonoro,

á cuyo pie te dije «yo te quiero»
y tú me contestaste «yo te adoro»?

¿Te acuerdas cuando allá, en el horizonte
veíamos pasar en raudó vuelo,
las aves que cruzaban aquel monte
cuya cumbre tocaba con el cielo?

¿Te acuerdas cuando el sol se disipaba,
y al pasar por la selva silenciosa
cogía yo las flores que encontraba,

para adornar tu cabellera hermosa?

De aquel tiempo, mas corto que un momento,
siento brotar en mí la remembranza,

y al verme lejos de tu lado, siento
confundida en mi pecho la esperanza.

¡Cuántas dichas ayer, sí; cuantas dichas
y que pronto, bien mío, se han pasado!

¡Cuántas desdichas hoy, cuantas desdichas!
¡Cuánto he pensado en ti! ¡Cuánto he pensado!

Tres años han pasado de tormento,
tres siglos de crueles desengaños...

¡Quién detener pudiera en un momento,
esa veloz carrera de los años!

Lejos de ti, sin esperanza alguna
y sumido en horrible desconuelo,
hoy contemplo aquel rayo de la luna,
que juntos nos miraba desde el cielo.

Hoy escucho el frenético latido
del corazón, cuando me encuentro á solas,
como escucha el marino enristricido
el rugido incesante de las olas.

¿Quién te amará con ese amor profundo
que hace á un tiempo latir dos corazones?

¿Quién te amará, como te amó en el mundo
el que escribe estos míseros renglones?

Pero todo es en vano, aunque me induces
á seguir tu camino, ¿no te asombras

de que halle sombras cuando busco luces
y encuentre abismos, cuando busco sombras?

Contéstame, por Dios, que aunque me empuño
este horrible contraste no adivino;
¿es esto pesadilla de algún sueño?

¿ó es la ley infernal de mi destino?

No lo sé, nada más puedo decirte,
que lleno de dolor, falto de calma
y herido el corazón, al escribirte,
tengo el llanto en los ojos y en el alma.

No le dejes jamás en el olvido
al que, por tí, derrama amargo llanto,
al que tanto, bien mío, te ha querido,
al pobre ser que te adoraba tanto.

Al que lleno de ciega idolatría,
por oír de tu boca un «yo te quiero»
si estuviese en su mano, te daría
la luna, el sol, el universo entero.

JULIO DE HOYOS





V. Androux: LAS PRIMERAS ROSAS

SANTA BARBARA BENDITA...



acrió en Nicomedia y por haberse convertido al cristianismo, fué sacrificada por su padre Dióscoro, á cuyas manos murió. Cuenta la tradición que apenas el padre había consumado el cruel patricidio, cuando estalló una horrible tormenta y un rayo hizo polvo al despiadado verdugo.

Por eso la Iglesia católica, al canonizar á Santa Bárbara, la proclamó abogada contra los truenos.

¡Santa Bárbara bendita, que en el Cielo estés escrita, con papel y agua bendita!— exclama la gente vulgar y asustadiza en cuanto se oye el estampido de un trueno...

Los arilleros han declarado su patrona á Santa Bárbara, sin duda por lo del ruido; porque son muy semejantes el estampido del cañón y el del trueno...

También los marinos tienen su santa Bárbara, que es lo último que queman en casos de apuro.

—¡Quemar la Santa Bárbara!—grito de suprema desesperación, que anuncia el firme propósito de hacerse pedazos toda una tripulación de hombres valientes y pundonorosos, antes que entregar el buque al enemigo...

—¡Quemar la Santa Bárbara!—recurso postrero de los héroes que prefieren volar envueltos en los desquiciados trozos de su barco, á rendirse y devorar las amarguras y humillaciones de la derrota...

Y es el caso que, según reza el adagio: *Nadie se acuerda de santa Bárbara hasta que truena...*

O lo que es lo mismo: nadie prevé una desgracia, hasta que la tiene encima.

Porque el hombre es animal poco previsor y rara vez se preocupa seriamente del mañana.

Que es, ni más ni menos, lo que nos ocurre á los españoles, que constituimos el pueblo menos previsor de la humanidad.

Siempre nos sorprenden los acontecimientos; y resulta, que, por lo general, nos acordamos tarde de Santa Bárbara.

Y así hemos perdido riqueza, poderío y todo lo que teníamos que perder... menos la mansedumbre que nos caracteriza de medio siglo á la fecha.

¡Pues si nos hubiéramos acordado á tiempo de Santa Bárbara, no hubiéramos sufrido los desastres que ahora lamentamos!



Hoy, en v
que llamar d
Porque no
Nos falta l
Para los m
de Nicomedia
Porque us
Y que llan
—¡Bárbara
ejemplo.

—¡Qué ba
ó leer algo q
De donde
muy bien pa
Como de b
do lleno, difi
tativo...

Porque h
como hay m
llamen.

En la esc
ciarse unos
iniciales, pe
tan sencilla,
caso, si la pa
duo, debe e
mayúscula d
¡Lo cual e

Porque se
cada paso p
Bárbara con
baro con mir
¡Qué horr
Yo cono
suspendieror

—¡Por qu
del norte de l
Contestó:
—¡Qué b
bunal.

Y el alum
Cierto es
en concept
emplea para
tos, groseros
En lo cua
¿No sería
idea no dier
Porque h
Además:
¡Porque i
Como el

Aplicuer
y tendrom
Prueba s

Hoy, en vez de llamar á santa Bárbara, llamamos á santa Prudencia... y muy pronto tendremos que llamar á *Cachano con dos tejas*.

Porque no podremos apelar ni al recurso de *quemar la Santa Bárbara*, como los marinos heroicos... Nos falta la pólvora y sólo nos queda el *humo*.

Para los mortales á quienes sus progenitores y padrinos bautizaron bajo la advocación de la mártir de Nicomedia, resulta el nombre un poco mortificante.

Porque ustedes no ignoran que hay Bárbaros y *bárbaros*.

Y que llamar *bárbaro* á un hombre es insultarle.

—¡*Bárbaro!*—apostrofamos á un sujeto que nos produce algún daño; el de pisarnos los callos, por ejemplo.

—¡*Qué barbaridad!*—exclamamos al ver, oír ó leer algo que pugne contra el buen sentido...

De donde los Bárbaros y Bárbaras no resultan muy bien parados que digamos.

Como de *bárbaros* y *barbaridades* está el mundo lleno, difícil es distinguir el adjetivo del sustantivo...

Porque hay muchos Bárbaros que no lo son, como hay muchísimos *barbaros* aunque no se lo llamen.

En la escritura pueden fácilmente diferenciarse unos de otros por la forma de las letras iniciales, pero en la conversación la cosa no es tan sencilla, á menos que expresemos en cada caso, si la palabra *bárbaro*, aplicada á un individuo, debe entenderse pronunciada con inicial mayúscula ó minúscula.

¡Lo cual es un río de mil demonios!...

Porque sería cosa para morirse de risa, oír á cada paso por la calle el estribillo de:—¡Adiós Bárbaro con mayúscula!—ó—¡Es usted un bárbaro con minúscula!...

¡Qué horrible confusión!... ¡Qué barbaridad!

Yo conocí un estudiante de Historia á quien *suspendieron*, porque al preguntarle el profesor:

—¿Por qué se llamaron *bárbaros* los guerreros del norte de Europa que invadieron el mediodía?..

Contestó: —Porque adoraban á Santa Bárbara.

—¡*Qué barbaridad!*—exclamó á coro el tribunal.

Y el alumno se quedó tan *fresco* y tan *bárbaro*.

Cierto es que los romanos aplicaron el adjetivo en concepto de *extranjero*, pero hoy sólo se emplea para *caracterizar* á los individuos incul-tos, groseros y toscos.

En lo cual nada van ganando los Bárbaros pulcros, ilustrados y correctos en el trato social.

¡No sería oportuno modificar y sustituir el antipático adjetivo por otro que expresan lo la misma idea no diera lugar á *lamentables equivocaciones*?...

Porque hoy, generalizado como está, resulta irreverente en grado sumo.

Además supone un suplicio atroz para los que usan el vocablo como nombre propio patronímico...

¡Porque nunca sabrán cuándo les llaman Bárbaros (sustantivo), y cuándo *bárbaros* (adjetivo)

Como el D. Jesús de D. Tomás, cuando dice:

«así es que, aunque á ser llegó
«esto cuidado el *non plus*,
«no sé, con tanto ¡Jesús!
«cuando ese Jesús, soy yo.»

Apliquense á los Bárbaros las palabras del célebre personaje creado por el inmortal Narciso Serra, y tendremos la misma confusión... agravada.

Prueba al canto:



Cierto amigo mío estuvo en una ocasión á punto de batirse ó *ser batido*, por la maldita confusión del pícaro vocablo.

Bajaba por la calle de Alcalá en ocasión que otro conocido suyo llamado Bárbaro pasó junto á él en dirección contraria; al mismo tiempo, cierto sujeto le rozó levemente un brazo al cruzar por su lado: —¡Bárbaro!—gritó mi amigo.

Inmediatamente sintió sobre su espalda el golpe de un bastón, y una voz *rugiente* exclamó: —¡El bárbaro lo será usted!...

El agredido trató de responder á la agresión; cruzáronse frases gruesas de una y otra parte, comenzó á formarse el *indispensable* corro de curiosos, y sabe Dios en qué hubiera ¡parado aquello, sin la presencia del Bárbaro, involuntario causante de la trifulca, y con cuya intervención quedó explicado el *quid pro quo*, que tan desagradables consecuencias tuvo para mi amigo.

Barbaridades Á un lado, conste que, á pesar de lo dicho, para mí son muy dignos de respeto y *tal*, cuantos Bárbaros y Bárbaras en el mundo han sido, son y serán, con mayúsculas ó minúsculas; los primeros, en calidad de prójimos á quienes debemos amar como hermanos, y los segundos... ¡para que no hagan una barbaridad conmigo!

También la infantería celebra en este mes la fiesta de su patrona la *Purísima Concepción*.

¡La Concepción!... ¡Murillo!—dos nombres inseparables; dos ideas tan afines, que hoy no podemos invocar á una sin que la otra se aferre á la mente con fuerza incontestable...

¡Murillo se inmortalizó por las Concepciones!... ¡Jamás la sublime advocación de María, tuvo intérprete más fiel...

Familiarmente, las mujeres que tienen el nombre de Concepción, se llaman Conchas... no sé por qué. Aunque lo ignoro, reciban mi felicitación las Conchas que conozco y las que ni de vista sé como son...

Para terminar, diré que trato á cierto sujeto muy cucanda, caprichoso y enamorado, que tuvo en tiempos la humorada de hacer que todas sus queridas se llamasen Concepción...

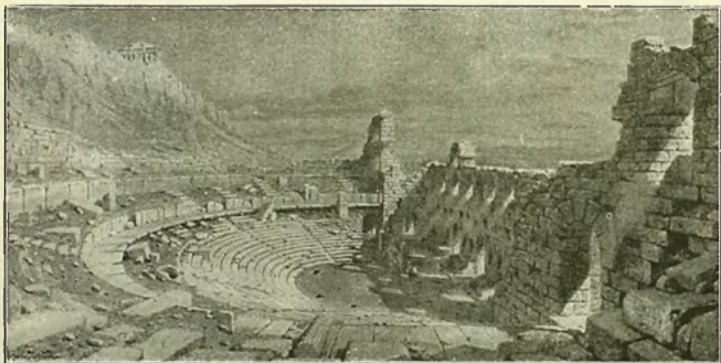
Y cuando estábamos en autos de tal extravagancia, solíamos decir: —¡D. Fulano es hombre de muchas conchas!...

Y en efecto, las coleccionaba como otros coleccionan fototipias, juzgo por chifladura.

Á lo que D. Fulano, guiñando el ojo, replicaba sonriendo maliciosamente:

—¡Desengáñense ustedes, el que quiera vivir á gusto en el mundo, ha de tener muchas conchas!...

LUIS FALCATO



RUINAS DEL TEATRO DE ATENAS, acuarela de Carl Haag.

El autor se conquistó una brillante reputación en su especialidad de reproducir los monumentos antiguos, que hacía revivir con una maestría insuperable, valiéndose de los preciosos recursos que proporciona la acuarela.



LAS CASTAÑAS

El fruto del castaño es uno de los más populares en este país del garbanzo democrático y de la calabaza estudiantil, política ó amorosa.

Semejantes las castañas á las sesiones parlamentarias, en cuanto

llega el frío vienen ellas, armando ruido, estallando como bombas, por supuesto, inofensivas.

La castaña auténtica, no la metafórica, la castaña que se vende, asada ó cocida, caliente y humeando, en las esquinas; esa castaña es, á la verdad, digna de toda consideración y estima.

De muchas gentes, que no suelen tener en sus comidas postre, es el postre, regalado y sabroso, sin gran dispendio.

Para no pocos pobres, la castaña, publicamente expendida en la calle, es principio y fin, introito y conclusión del yantar, y sábele á gloria.

Conozco á un pilluelo que, antes del adrenimiento feliz de la castaña á los reinados del estómago hambriento, cuando pedía limosna, pedíala dándola de antemano una aplicación con vistas á la tahona.

—¡Un centimito para un panecillo!—exclamaba.

Pero hoy ya dice:

—Mérmeme usted un perro chico de castañas.

Y es esto más socorrido que aquello, porque el pan necesita algo con qué ser comido, mientras que la castaña se come por sí sola.

¡Y además, calienta!

Recogido un puñado de ellas entre las manos, es un brasero ambulante, un calorífero personal, de grandes resultados para quien no tiene ninguno.

En fin, os digo que la castaña de la castañera, la castaña sacada del asador, es una especie de maná para muchos de nuestros compatriotas, en este país de la sopa boba y de los esquilmos municipales, provinciales y nacionales.

Mas, por lo visto, la fatalidad se introduce en el destino de todas las cosas de este mundo.

Aun la misma castaña auténtica, que no debía de engañarnos, suele á veces resultar apócrifa, esto es, podrida; y de aquí sin duda le viene el símbolo de toda engañifa, trampantojo y embuste.

Cuando en vez de castañas son castañuelas, no hay nada más alegre.

Sucódele en este punto á las castañas lo que á las vacas.

El diminutivo es más agradable.

Y, como vence á la vaca la ternera, las castañuelas vencen á las castañas en regocijo, jaleo y estrépito.

—¡Olé, ahí, morena! ¡vaya un modo celestial de mover esas manecitas con las castañuelas!

Olé porque sí; porque la bailaora nada tiene que envidiar, cuando retuerce á compás su cuerpo de

palmera, á las hayaderas indias, que tanto dieron qué hacer, y qué decir, y qué cantar á nuestros poetas románticos, sin caer en la cuenta que por acá teníamos hayaderas á granel, no menos graciosas y ágiles y complacientes que las otras.

No hay, pues, que desestimar la castaña, por oscura y humilde que parezca.

Parecida al vino, que procede de antigua cepa, ella tiene también noble abolengo. En su ejecutoria

cuenta al famoso Barón de la Castaña, y al gran García del Castañar, a aquel desdichado campesino, tozudo y orgulloso, pariente cercano del Alcalde de Zalamea, de tan grata recordación.

El Baroncito, sobre todo, tiene muchos descontentos.

Trato á una familia, vanidosa y altiva como una cigüeña, que porque lleva el apellido de Castañeda, se hace litografiar en sus tarjetas el título de «Vizcondes de la Castaña».

Pero á mí no me la dan los tales Vizcondes; pues aunque tapan no pocas de sus muchas miserias, cuando yo los visito, no es tan tupida la manta de sus engaños que no se descubra al través su roña y vulgar procedencia. Convidá-

ronme á comer un día, con tan mala sombra, que, precisamente, aquel día se quedaron sin criadas.

—El servicio doméstico está horrible,—decían.

Sí, horrible, porque se empeña en cobrar su salario ó no servir á amos que no pagan.

Y era de ver á toda la familia de los vizcondes de la Castaña sirviéndome de criados en la mesa á cada momento que había que ir por los platos á la cocina.

En uno de estos viajes, tropezó en la estera el Vizconde, y se echó encima una fuente de albóndigas en salsa verde, que le puso como nuevo.

Vengan, pues, en buen hora las castañas. Ellas son alimento del pobre, apetitoso regodeo del rico y golosina de los muchachos. Y aunque nada me gustan las cosas que pasan de castaño oscuro, ni me agrada castañetear los dientes de frío, ni me place mujer seca como castaña pilonga, ni admito sacar con mi mano las castañas del fuego para que otro se las coma, bendigo las castañas de la castañera de la esquina, que de noche, con su farolillo, como con un faro, indica desde lejos que allí hay un puerto accesible para los náufragos del hambre.

EMILIO RIVAS

(Dibujos de T. Gascón)

¡ADIOS!

Adiós: es necesario que deje ya tu nido, las aves de tu huerto, tus rosas en botón; adiós; es necesario que el viento del olvido arrastre entre sus alas el lúgubre gemido que lanza, al separarnos, mi pobre corazón.

Ya ves tú que es preciso; ya ves tú la suerte separa nuestras almas con funebre capuz, ya ves que es infinita la pena de no verte, vivir siempre llorando la angustia de perderte, con mi alma enamorada delinte de una cruz.

LADRA MÉNDEZ DE CUENCA

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromó y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comediante, por P. de Molénés.

Drama de amor, por F. Soulié.

Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.

La justiciera de sí misma, por Carlos Barabá.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Terresita, por Julio Ruiz Monro.

El Capitán Burte, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Micoulin, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Nerski.

Un crimen infame, por E. Murger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jaccoliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

EL CURIOSO EJEMPLO DE PEPITORIFICACIÓN

En el departamento chileno de la fracasada Exposición panamericana se exhibían los semifosilizados restos de una mujer india. El ejemplar acaba de ser sometido á examen del doctor Jhon A. Miller, quien afirma que es el cuerpo de una india, que supone de cincuenta años de edad próximamente. Estos restos fueron encontrados enterrados en una antigua mina de cobre en los Andes, cerca de Colonia, que fué una parte del territorio conquistado por Pizarro y tomando al Perú por Chile. Se supone que estando trabajando con herramientas de piedra para extraer el cobre, cayó en una excavación, la cual causó la muerte de la mujer.

Estando á una altura de 11.000 pies, la rarefactiva atmósfera y la sequedad de la mina, combinando con las peculiares cualidades metálicas de la tierra que la rodeaba sirvió para conservar el cuerpo en el estado que hoy se encuentra. Pesa menos de 50 libras, y su estado

es medio momificado, medio fosilizado. Hay pequeñas piedras incrustadas en la carne en muchos puntos y la sangre que fué expulsada por los oídos se puede aún ver en el trezado pelo, el cual ha conservado su oscuro color negro rojizo. Va-

FRASE HECHA



rias porciones del cuerpo están aplastadas, como el hombro, el pecho y los miembros inferiores.

Alrededor de las caderas tiene un paño de tejido antiguo, y las herramientas usadas y encontradas con los restos hacen muy posible suponer que era una minera en el reino de los Incas. Los mazos y otros martillos son de los más interesantes, pues están aun atados por tiras de cuero á sus mangos, los cuales son piezas de madera encorvadas por la mitad.

El descubrimiento se hizo en una mina que fué abierta para sacar pedruzcos pedazos de mineral. El cuerpo estaba cubierto por cerca de siete pies de tierra suelta.

Un frasco del callicida del doctor LADIVONSIM cura los callos muy bien, y es un remedio muy chic.

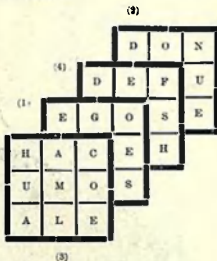
La solución en el próximo número

SOLUCION

a los pasatiempos así número anterior

Jeroglífico.—Reverso.

Distracción —



Se verá que se lee:

DONDE FUEGO SE HACE HUMO SALE

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. A.—Lérida.—No puede publicarse el Donde porque eso de los naturas ha de ser corto y vivo para que resulte gracioso.

R. B.—Valencia.—La poesía está bien, es cuanto á la forma, pero pertenece á un género ya extinguido.

G. M. G.—Toledo.—Aceptado todo, como lo anterior. Paciencia, que ya se irá publicando lo uno y lo otro, á medida que el espacio lo consienta.

R. M. P.—Granada.—El cuento está muy bien escrito, y se publicará.

E. R.—Zaragoza.—Idem, idem, idem.

E. A.—Lérida.—El asunto de su cuento peca de repetitividad. Además la forma deja que desear algo tanto.

B. M.—La Barquilla es muy linda, y harémos por borrarle en el modelo mar de iris. E. E.—Barcelona.—Perdone usted si no apareció mi contestación á su grata, pero indudablemente dependería de haberse extraviado la cuartilla en que iba la respuesta. Ya se ve usted que cuanto escribo es bien recibido y por lo mismo no bonarrá mucho si quiere remitirnos algo más.

A. M. G.—El Telégrafo ha llegado tarde; pero aun habiendo llegado á tiempo sería imposible darlo á componer á causa de su letra verdaderamente infernal.

G. E.—Villagracia.—La publicación del cuento tendría que retardarse mucho, y ya por entonces ya habría aparecido el libro.

A. B. R.—S. Felis de Guixol.—No está mal el soneto, pero resultaría poco interesante para la generalidad.

A. G.—Barcelona.—Todo se andará; hay muchísimos hectómetros de original y pocas paginas en cada número.

Pray Caracol.—Madrid.—El cuento es excesivamente difuso, y es lastima porque la idea es buena.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ME ACUSO..



—Me acuso de que á Ventura
de tal manera le quiero
que me paso el día entero
pen-sando en él, padre cura.
—¿Quién es Ventura, hija mía?
Si es tu novio no hay pecado.
—Pero papá se ha enterado
y ha dicho que se oponia.
—Debe tener sus razones,
y pues se opone papá,
se conviente que ya
terminen las relaciones.
—Señor cura, no podré
nunca seguir en consejo;
si desea unir me á un viejo
mucho más viejo que usted!
—Domina esa caprichosa
pasión que tu alma juvenena,

Dios te dará, si eres buena,
vida larga y venturosa.
Pues te han buscado marido
debes prestar obediencia;
en la paz de tu conciencia
tendrás premio merecido
y la Gloria, si obras bien.
—Solo pensarlo me aterra:
¡pi con el otro en la tierra
tengo la Gloria también!
—Pues anda, sin protestar
deja que al altar te lleve.
—Que me lleve, si se atreve
á llevarme hasta el altar.
Pero si el día de mañana
hago cualquier tontería...
—¡No te cases, hija mía!..
¡Y has lo que te de la gana!

ALBERTO LOZANO



F. T. 1909